

Dios y el Mundo: “Y Dios se hizo hombre, para que el hombre se hiciera Dios”

Con esa sentencia, san Ireneo de Lyon, padre de la Iglesia, hace una condensación profunda de la teología de la Navidad. Un intercambio o trueque divino que acontece por voluntad de Dios. Como cumplimiento y realización de todas las promesas hechas a la humanidad desde el exordio de la historia, pasando por todas las etapas de la historia sagrada de Israel, en medio de una espesa oscuridad del mundo, la luz de Dios vino a iluminar, disipando con su presencia todo error, duda o tristeza. Un antiguo canto del pregón de Navidad recita: «Finalmente, durante la olimpiada 94, el año 752 de la fundación de Roma, el año 14 del reinado del emperador Augusto, cuando en el mundo entero reinaba una paz universal, hace 2020 años, en Belén de Judá, pueblo humilde de Israel, ocupado entonces por los romanos, en un pesebre, porque no tenía sitio en la posada, de María virgen, esposa de José, de la casa y familia de David, nació Jesús, Dios eterno, Hijo del Eterno Padre, y hombre verdadero, llamado Mesías y Cristo, que es el Salvador que los hombres esperaban». Los anhelos de felicidad, redención, libertad y vida de todas las personas son colmadas, pues Dios siempre es fiel a su palabra. Siete palabras pueden ayudarnos a reflexionar sobre el significado teológico y espiritual de la Navidad como eje fundamental de nuestra salvación, junto a la Pascua.

- 1. Fidelidad de Dios.** El gran protagonista de la Navidad es Dios uno y trino quien en su voluntad salvífica insiste reiteradamente en su esfuerzo de salvar la creación entera siendo fiel a sí mismo, fiel a sus promesa hechas desde antiguo. En efecto, cada profeta, cada acontecimiento del Antiguo Testamento puede interpretarse como una gran preparación para la encarnación del Verbo. Absolutamente toda la revelación bíblica está ordenada en función de esa entrada de Dios en la historia humana, su caminar junto a todos los hombres y su retorno a la casa del Padre como primogénito de muchos hermanos. Por eso leemos en la misa solemne de Navidad el prólogo del

evangelio de Juan, síntesis del proceso encarnacional del Verbo y su misión histórica. Dios siendo fiel a su palabra, envía al mundo a la Palabra y ésta se hace uno de nosotros. Da sentido e ilumina todo misterio, es luz y vida de todo hombre que viene a este mundo y por la fe le hace hijo de Dios.

2. *Fe en el ser humano.* A pesar de la debilidad humana y nuestras infidelidades, idolatrías e injusticias, Dios nunca ha dejado de creer en su creación. Ama al hombre, confía en la semilla de bondad que Él mismo, el gran sembrador, ha diseminado en todos los corazones. Dios hecho cercano, es decir, Emmanuel nos muestra el verdadero rostro de Dios y nos permite descubrir ver su fe en nosotros. Su encarnación y nacimiento son ya el triunfo de la fe de Dios en la humanidad. Dios Padre no se deja vencer por nuestro pecado, nuestra miseria. Cada Navidad renueva su fe en nosotros y nos invita a creer como él en la humanidad para elevarnos por encima de nuestras miserias hasta la más alta dignidad en el reino de Dios.

3. *Encuentro de la familia.* Navidad por ende, supone tanto la fe de Dios en el ser humano como la fe de la humanidad en Dios. Fundamentalmente es encuentro, unión, comunión. Superado el pecado que dividió y separó creando dolor y muerte, se revierte la fuerza de todo ese mal con la inocencia y pureza de un niño que despierta en todos nobles sentimientos y llama a la conversión a quienes aún yacen en tinieblas y en sombras de muerte por su pecado. Ese encuentro exige movimiento, éxodo existencial ante el adviento divino; levantarse como el hijo pródigo tras recapacitar sobre las miserias de una vida llevada al margen de Dios y lejos de la casa del Padre y las bondades del retorno hacia el Creador; por eso Navidad es el abrazo de Dios a la humanidad, y el abrazo de todos

entre sí donde

comprendemos nuestra identidad más profunda como hermanos
en la casa común

junto a nuestro Padre: somos la familia de Dios.

4. *Intercambio*. Lo impensable se hizo realidad. Lo imposible para nosotros es posible para Dios. Que una anciana, Isabel, quede embarazada de otro anciano muy avanzado parece imposible; que una muchacha virgen quede embarazada por obra del Espíritu Santo es imposible. Pero Dios se luce, mostrando su fuerza, su poder y su misericordia rompiendo leyes naturales y humanas para entrar en nuestra historia. La eternidad se hace temporal, el Creador se hace criatura.

La carne humana habla ahora con la Palabra divina en un proceso irreversible y

definitivo: Dios asume nuestra humanidad y la eleva hasta la divinidad, sin

dejar de ser Dios, sin dejar de ser hombre. Navidad es pues, intercambio de

dones, de vidas, de historias; es comunión y regalo en el cual *nuestro amigo secreto* se revela en fiesta y todo tiene sentido al saber que es Él quien

siempre nos estuvo regalando algo, pensando en nosotros, escondido para

alegrarnos al final.

5. *Esperanza*. Por eso en Navidad renovamos la casa, damos juguetes a los niños, comemos algo distinto, estrenamos ropa puesto que Dios está con nosotros

renueva su alianza y promesa, nos regala a su Hijo como causa de alegría, quien

se hace para nosotros alimento espiritual y bebida de salvación y nos reviste

con su gracia poniéndonos el traje de fiesta del Dios-con-nosotros. Y es que no

puede celebrarse fiesta con los harapos del pecado, de allí que nuestra cultura

comprendió la necesidad de estrenar para festejar desde lo exterior y por

supuesto desde lo interior con las misas de aguinaldo. La esperanza se traduce

en fiesta cuando el derroche del momento obliga a hacer pausa en el peso

cotidiano de la vida y las luchas diarias. Y, aunque las cosas estén más difíciles que nunca, cada familia hará lo *humanamente posible por hacer posible lo imposible*: hacer hallacas y compartirlas. Es un milagro de nuestra fe, una expresión de esperanza en un futuro mejor, pues Dios está con nosotros.

6. *Amor*. También en Navidad buscamos dar calor a quien pasa frío, buscamos abrir un espacio en la mesa o por lo menos hacer una hallaca extra para compartir. El Don de Dios nos invita a ser don para los demás. Tanto amor por parte de Dios es la salvación del mundo. Nadie debería pasar Navidad en soledad. No tiene sentido pues ha nacido el amor. Por eso la comida la hacemos en familia y Jesús en medio de nosotros, recién nacido, preside nuestra fiesta invitándonos al perdón y la reconciliación, al servicio y valoración mutua. Aprendemos pues en estos días que necesitamos continuamente renovar nuestra fe en el amor, volver a creer que el amor no es una palabra vacía sino el motor del mundo, Dios mismo en nuestros corazones encarnándose cada día.

7. *Jesús en nuestra paz*. Finalmente, todo nos lleva a afirmar que la Navidad es Jesús y por eso la escribimos con "N", como nombre propio. Pues sin Jesús todo esfuerzo resulta inútil y vacío. Nuestro mundo ha querido muchas veces reemplazar a Jesús con otras alternativas en apariencia mucho más atractivas y ha terminado generando muerte y destrucción. *Sin mí no pueden hacer nada*, dijo el Señor; y yo le añado: con Él lo podemos todo. Celebrar Navidad, entonces es celebrar la presencia incondicional de Dios en nuestras vidas haciéndose solidario con nosotros hasta las últimas consecuencias. Por eso la corona de adviento transmuta en la corona de espinas; las montañas del pesebre, en el monte calvario y el árbol de Navidad, en la cruz. Como vemos una

misma realidad redentora en dos momentos diversos como
expresión de un amor que
vino a dar su vida por nosotros y a traernos la paz
definitiva. A mí parecer
este es el sentido genuino de la Navidad.

P. Gilberto García SCJ